

SIERVOS INÚTILES SOMOS (LC 17, 10)

Pbro. Gastón Emiliano Zaniratto

Para quien quiera leer algo realmente digno del tema, remito a la obra del doctor Jorge Ferro, *Leyendo A Tolkien* (Ferro, 1996), la que fuera su tesis doctoral, en la cual se encuentra desarrollado con mejor estilo y riqueza, y de la cual me he valido, en gran medida para la confección de este artículo.

Al exponer el tema de las imágenes de Cristo en Tolkien, más precisamente, en *El Señor de los anillos*, uno podrá tacharme de fanático, porque veo o encuentro lo que quiero ver o hallar; que me enfoco en lo que a mí me compete en cuanto clérigo, y al estar como "limitado" (o cerrado en) por mis categorías teológicas, solo veo teología por doquier. Como quien se fascina con una enfermedad, estudiándola día y noche, y ve sus síntomas en todo paciente que se encuentra, llegando incluso a preocuparse si una persona le estornuda cerca en el colectivo, de no contraerla. Lo que hemos visto y oído, eso les anunciamos, el principio *contemplata aliis tradere*, en la caridad me lleva a comunicar lo que he visto; cómo podemos ver aspectos en el relato, que nos llevan a Cristo, nos remiten a Él.

Las imágenes, las figuras, no son la realidad que evocan en sí, sino que nos acercan, nos la muestran, nos la esconden. Este es un principio que puede resultar obvio, pero a la hora del juego, sino se tiene en claro, puede nublar el panorama. La figura es una sombra del modelo, y al modo de la analogía, es más lo que no es que lo que es; y es esa sutileza la que las hace, a mi entender, más atractivas, más interesantes de ver. Además, las imágenes, en su sombra, iluminan al modelo, en cuanto que nos muestran un aspecto, un perfil que se nos escapa al ver el original.

Un ejemplo alusivo es el maná del desierto y el sacrificio del cordero pascual, respecto de la Eucaristía. Ambos son signo, pero los dos resaltan un aspecto distinto: el sacrificial, la propiciación y el alimento del hombre viador.

El personaje más claro de ver su relación con Cristo es Frodo, el portador. Es figura del redentor. Él debe llevar una carga por los demás, un peso que asume libremente para el rescate de una multitud. Lleva sobre sí a muchos, ya que por el resultado de su misión se

beneficiarían o no los demás. Este punto lo veo reflejado cuando se encuentran internados en las minas Moria, y Frodo advierte el valor inmenso de la cota de malla hecha con mithril, que valía más que todo lo que había en la comarca.

Frodo no dijo nada, pero metió la mano bajo la túnica y tocó los anillos de la camisa. Se le confundía la cabeza pensando que había ido de un lado a otro llevando el valor de la Comarca bajo su chaqueta (Tolkien, El Señor de los anillos. La comunidad del anillo, 2007, p. 440)

Asume para poder redimir, axioma que se estudia en teología. La libertad del portador era fundamental, y eso Frodo lo advierte, y descubre que es él quien debe llevarlo a Mordor, al monte del destino, para acabar con el poderío de Sauron, que corrompía todo lo que existía.

Al fin habló haciendo un esfuerzo, y oyó sorprendido sus propias palabras, como si alguno estuviera sirviéndose de su vocecita.

-Yo llevaré el Anillo-dijo -, aunque no sé cómo. (Tolkien, El Señor de los anillos. La comunidad del anillo, 2007, p. 376)

Afronta y acepta la soledad de su misión, se da cuenta de que es él quien debe terminar la empresa, que no puede poner en peligro a sus amigos. El mal del anillo trabaja también entre ellos y no solo en el portador; pero no puede eludir al fiel

Sam, quien prometió cuidar de él donde fuera.

-Por favor, Sam- dijo Frodo-, ¡no me pongas más obstáculos! Los otros pueden volver en cualquier instante. Si me encuentran aquí, tendré que discutir, explicar, y ya nunca tendré el ánimo o la posibilidad de irme. Pero he de partir en seguida. No hay otro modo (Tolkien, El Señor de los anillos. La comunidad del anillo, 2007, p. 562)

Tiene a su lado al fiel cireneo, Sam, que lo asiste y llega a compartir la carga e incluso a llevar al mismo Frodo en el tramo final. Es la fidelidad del pobre Sam, la que le será de gran ayuda en los momentos difíciles, donde el juicio se nubla, y las fuerzas fallan, cuando el Anillo comienza a conquistar las fuerzas de Frodo en las tierras de Mordor.

-Bueno, ahora me has encontrado, querido Sam- dijo Frodo-, y se reclinó en los brazos afectuosos de Sam, y cerró los ojos como un niño que descansa tranquilo cuando una mano o una voz amada han ahuyentado los miedos de la noche (Tolkien J. , El Señor de los anillos. El retorno del rey., 2007)

-Está bien, Sam- dijo Frodo- ¡Guíame! Mientras te quede una esperanza. A mí no me queda ninguna. Pero no puedo darme prisa, Sam. A duras penas podré arrastrarme detrás de ti (Tolkien J. , El Señor de los anillos. El retorno del rey., 2007, p. 270).



Su voluntad se debilita, y el poder de la carga empieza a consumirlo rechazando todo intento de quitarle el Anillo, de compartirlo, temiendo un posible robo, que lo separen de su tesoro.

-No puedo, Sam- dijo-. Es tan pesado, tan pesado.

Sam sabía aún antes de hablar que sus palabras serían inútiles, y que hasta podían causar más mal que bien, pero movido por la compasión no pudo contenerse.

-Entonces, deje usted que lo lleve yo un rato, mi amo-dijo -. Usted sabe que lo haría de buen grado, mientras me quedan fuerzas.

Un resplandor feroz apareció en los ojos de Frodo.

- ¡Atrás! ¡No me toques! – gritó-. Es mío, te he dicho. ¡Vete! – La mano buscó a tientas la empuñadura de la espada. Pero al instante habló con otra voz. - No, no, Sam –dijo con tristeza-. Pero tienes que entenderlo. Es mi fardo, y solo a mí me toca soportarlo. Ya es demasiado tarde, Sam querido. Ya no puedes volver a ayudarme de esa forma. Ahora me tiene casi en su poder. No podría confiártelo, y si tú intentaras arrebatármelo, me volvería loco (Tolkien J. , El Señor de los anillos. El retorno del rey., 2007, p. 283).

Como vemos, la imagen nos trae reminiscencias del modelo, en cuanto Cristo víctima, que se sacrifica por otros, y solo él puede llevar la carga. Es una misión que se encomienda, y acepta libremente, y

la convierte en su vocación. Frodo, podríamos decir, estaba destinado a dar fin al daño de Isildur, a desterrar de una vez por todas a Sauron y su poderío. Este sacrificio es asumido con toda libertad, no es obligado, sino que acepta la carga, un verdadero acto de caridad, entregarse por los demás. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos (Jn 15, 13). Tiene su Simón de Cirene, que lo asiste, y que es de gran utilidad en las flaquezas.

Pero, como dijimos en un principio, la imagen se aparta del modelo porque no es el modelo. Frodo falla en el momento culminante de su misión. En el intento de arrojar el anillo al fuego, en el monte del destino, cuando el tiempo se detiene y espera, porque el futuro dependía de ese acontecimiento. Allí Frodo decide desafiar a Sauron y se pone el Anillo único, y es por la acción de Gollum que se completa la misión, cumpliendo lo que Gandalf había visto y vaticinado desde el principio.

Pero todavía [Gollum] puede desempeñar un papel que ni él ni Sauron han previsto (Tolkien J. , El Señor de los anillos, La comunidad del anillo, 2007, p. 355).

Se podría decir que aquí falla la imagen, que la figura no representa al modelo, que Cristo no cayó en la debilidad, sino que obedeció hasta el final. Concedo, lector, diciendo que es cierto lo segundo, que Cristo no obró, así



como Frodo; pero debo recordarle que la imagen no es la realidad en sí, sino un reflejo, algo que nos acerca. Esta falla, esta caída, también muestra al modelo, porque lo que se refleja en el personaje es la idea de sacrificio, de abnegación, de aceptación de la carga, y al ser un pequeño hobbit y no el logos encarnado, no pudo soportar más la fuerza del Anillo. Aun así, nos muestra la excelencia del modelo, que no emitió queja alguna mientras lo sacrificaban. La caída de Frodo realiza la figura de Cristo.

A la luz de la Pasión de Cristo, adquiere una mayor vitalidad el "calvario" del portador. Modelo y figura se retroiluminan, dando al lector una mayor dimensión de la historia que se nos muestra en las páginas.

Tolkien no pretendió escribir el Evangelio en categorías míticas, para poder embaucar a un lector desprevenido y capturarlo para el bando de la fe. Creó un mundo mítico, pero no tan distante como parece. Los problemas que se observan son los del hombre común, de siempre, como el tema del bien y del mal, el sentido de lo sacro, la realidad del cosmos que nos rodea, el sentido existencial y el lugar del hombre en el mundo. Y como somos una sociedad que se forjó en las fraguas de la caridad cristiana, los valores que se plasman son cristianos.

Para resolver esos interrogantes fabricó este mundo (que no se limita a *El Señor de los*

anillos, sino que comprende muchas obras más) y comenzó a dar pinceladas que se van entrelazando y formando una obra de arte que nos permite comprenderlos.

Así como Esopo escribió aquellas no tan lejanas fábulas que ilustran y enseñan con sus moralejas el correcto actuar del hombre, aquí Tolkien nos presenta lo mismo, pero en forma de mito, y no de alegoría, podríamos decir.

En una alegoría, cada elemento tiene su significante, cada uno refiere a algo; pero en el mito, lo que corresponde es la idea, el punto de comparación es la idea central.

La lectura cristiana de la obra de Tolkien nos permite comprender a fondo los personajes, como en el caso de Frodo, que hemos exployado arriba. Las ideas que resuenan son el sacrificio, la víctima, las tentaciones, la soledad, el calvario, la caída. No solo nos permiten ver al hombre, *ecce homo* (Jn 19, 5), al Verbo hecho carne, sino a nosotros mismos, en nuestra realidad concreta. Somos imágenes de Cristo, modelo de toda la creación, por quien fueron creadas todas las cosas. Podemos consolarnos en nuestras dificultades viendo a Dios, que decidió unirse a la condición miserable del hombre por el pecado, y asumiendo libremente la cruz, liberarnos. Como decía santa Teresa de Ávila:

En negocios y persecuciones y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud, y en tiempos de sequedades, es muy buen amigo Cristo, porque le



miramos Hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía. (Libro de la vida, c. XXII)

Se podría hablar también de Gandalf y de Aragorn. Para eso vuelvo a remitir, para quien se encuentre interesado, a la tesis doctoral de Jorge Ferro, que cité al comienzo. Tan solo aquí quise dar el puntapié inicial para quien desee continuar.

Bibliografía

Ferro, J. N. (1996). *Leyendo a Tolkien*. Buenos Aires: Vórtice.

Tolkien, J.R.R. (2007). *El Señor de los anillos, La comunidad del anillo*. Barcelona: Minotauro.

Tolkien, J.R.R. (2007). *El Señor de los anillos. El retorno del rey*. Barcelona: Minotauro.